



HOMENAJE
DE
ADMIRACIÓN Y CARIÑO
DEL
EXCMO. AYUNTAMIENTO
DE LA
CIUDAD de ANTEQUERA

Al Ilustre Magistrado

DE LA METROPOLITANA DE GRANADA

Dr. D. José Martín Gutiérrez,

Q. E. P. D.

Año de 1895.

GRANADA

TIPOGRAFÍA Y LITOGRAFÍA de JOSÉ GÓMEZ

Méndez Núñez, 38

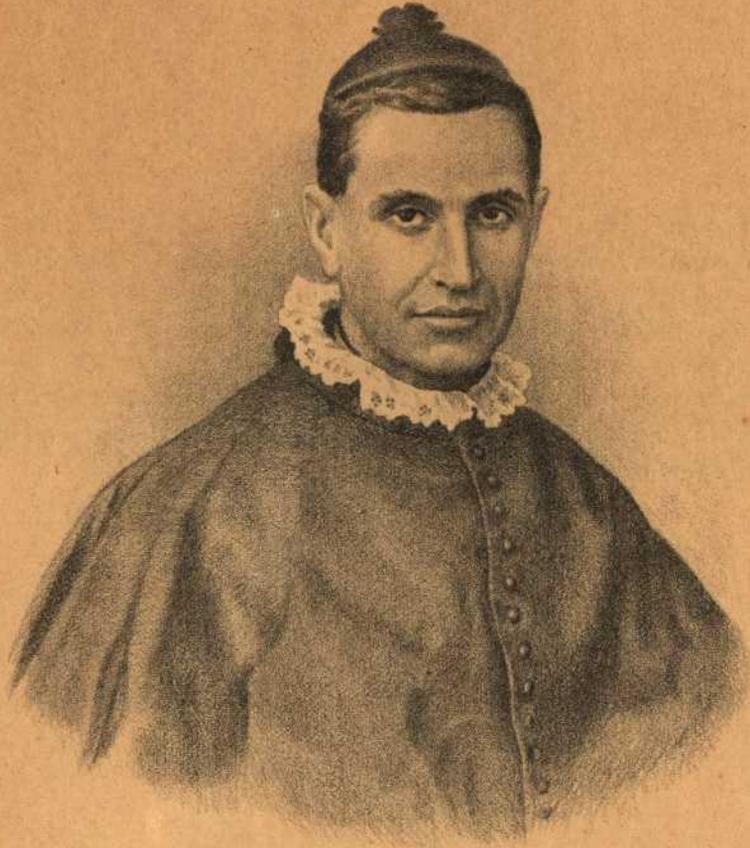
J. P. Ricard Serrano
Dr. P.

B
MAR
ram



NO SE PRESTA

Sólo puede consultarse
dentro de la sala de lectura



Jose' Martin Gutierrez
3

EL DOCTOR DON JOSÉ MARTÍN GUTIÉRREZ,

PRESBITERO.

Q. S. G. H.

Muy justo es que al cabo de los veinte y dos años que pasó á mejor vida el siervo de Dios, cuyo nombre dejamos apuntado, se renueve su dulce memoria, y pongamos sobre su tumba las flores de nuestro cariño y admiración, tributándole, al escribir su historia, el honor y las atabanzas de que se hizo digno; hoy que el incienso del panegírico no puede desvanecer ni producir hinchazón al que nunca sintió los estímulos de la vanidad ni buscó su propia gloria.

Débese á la feliz iniciativa de la Excm. Corporación de Antequera y á su digno Alcalde Presidente Sr. D. Francisco Guerrero y Muñoz, el acuerdo de hacer un retrato al óleo del sabio y virtuoso sacerdote, con destino al Salón Capitular, y que se redacte su biografía para depositarla en el Archivo. Si un sentimiento de patriotismo, siempre laudable, ha inspirado el noble acuerdo de aquella Autoridad popular, late al unísono otro de piedad y religión en la memorable Acta, honrosísimo para los ediles, que expresa el deseo de que se ensalze y glorifique al virtuoso sacerdote, á la vez que al hombre de privilegiada inteligencia y de saber profundo. Si, las virtudes del Sr. Martín y Gutiérrez son las piedras preciosas de la corona del sabio.

En la histórica Ciudad, patria del célebre Antonio Mohedano y de otros hombres ilustres, nació el que hoy ocupa nuestra atención, el día 24 de Julio de 1836, de padres humildes pero honrados y cristianos. Desde la infancia dió señales de un talento precóz, de su vocación al estudio, de recogimiento y piedad. Perteneciente á una familia que vivía del fruto de su trabajo y no figuraba en distinguida esfera social, la infancia del niño José pasó desapercibida; pero quiso la Providencia que su tío y padrino el Sr. D. Francisco Martín Casco, docto profesor de instrucción pública, bajo cuya dirección cursó la primera enseñanza, fuese el primer heraldo que publicara los preciosos dones que el cielo había depositado en el alma de su discípulo. La luz de la inteligencia comenzaba ya á esparcir sus resplandores, así como los destellos de la aurora despiertan del sueño á la naturaleza, y los albores de su tierna virtud se delineaban en los semblantes de sus paisanos, por que la santidad es como luz y saeta que alcanza á todas partes á causa de su agilidad.

Bajo la protección del dignísimo Rector del Seminario de Antequera D. José Delgado y Quirós, comenzó sus estudios el niño Martín cursando allí toda la filosofía—hoy llamada segunda enseñanza—; y cuando en 1852 fué suprimido aquel Centro literario á la vez que la Colegiata, obtuvo beca en el Colegio de San Sebastián de Málaga, merced á la recomendación del Sr. Delgado su padrino, y de D. José Moreno Burgos, abogado y literato, que prestó á la familia del futuro oráculo granadino valiosos auxilios. ¡Cuántos sabios que nacieron en la pobreza debieron su carrera y desarrollo de sus facultades á bienhechores de la índole de éstos, ó al asilo que hallaron en la Comunidad religiosa! Sirva de ejemplo entre otros, el eximio Fr. Luis de Granada.

Según documentos justificativos en el curso académico de 1845 á 46, el Sr. Martín Gutiérrez se matriculó al primer año de Filosofía, en el Seminario agregado á la Colegiata de San Sebastián de Antequera terminando en 1849 todas las asignaturas correspondientes á la segunda enseñanza y obteniendo en los respectivos exámenes la nota de sobresaliente.

R. 18.147



En el académico del 49 al 50 y del 50 al 51 se matriculó en dicho Centro y probó los dos primeros cursos de la Facultad de Sagrada Teología. Por Real Orden se suprimieron en este año los estudios del citado Colegio de Antequera y los alumnos pasaron á incorporarse al Seminario de San Sebastián de Málaga. Uno de ellos fué el Sr. Martín Gutiérrez, y desde 1852 hasta la terminación del curso del 56, probó los cinco años restantes de la citada Facultad de Teología con la calificación de Meritissimus.

En las actas del libro de Grados del Seminario Central de San Cecilio de Granada aparece que en 1857 solicitó la investidura de Bachiller y Licenciado en Sagrada Teología, y hechos los ejercicios literarios fué aprobado *nemine discrepante*.

Por el Reverendísimo Sr. Arzobispo de esta ciudad Sr. D. Salvador José de Reyes se convocó concurso para la provisión de los Curatos vacantes en esta Archidiócesis, en este citado año de 57, y el Sr. Martín Gutiérrez firmó *ad honorem* la oposición obteniendo en la calificación de los ejercicios el primer lugar.

De igual manera apareció su firma en la oposición convocada en Málaga en 1858 para la provisión de las Parroquias de aquella Diócesis y obtuvo treinta y tres puntos y medio de calificación de los treinta y cinco que era el máximo.

El Sr. Martín Gutiérrez contaba veinte y tres años de edad y había recibido ya el sagrado Orden del Diaconado. En este tiempo—1860—apareció el edicto llamando á la oposición para la provisión de cuatro canongías vacantes en la Insigne Iglesia Colegial del Sacro-Monte, cuyos ejercicios tuvieron lugar en el mes de Julio y el Sr. Martín Gutiérrez fué uno de los ejercitantes resultando elegido para la tercera prebenda en 27 del mismo mes y posesionándose de ella á virtud de Real Cédula el día 6 de Octubre.

Pidió á Roma dispensa de edad y en las témporas de Diciembre recibió el Sagrado Orden del Presbiterado.

Como los méritos del Sr. Martín Gutiérrez no estriban tanto en su talento é ilustración cuanto en la misión para que Dios le había escogido—y ésta es hoy objeto de odio según predijo el Maestro—*Et eritis odio omnibus propter nomen meum*; voy á interrumpir por breve espacio la historia de los sucesos para hacer algunas reflexiones sobre el estado eclesiástico.

La vocación al sacerdocio es uno de los medios de que Dios se sirve para reparar los muros de la nueva Jerusalem, ó sea la Iglesia Católica, cuyos muros han aportillado las huestes revolucionarias de este siglo incrédulo. ¡Cuántos Ministros del altar sabios y santos han florecido desde hace noventa y cinco años! La historia se encargará de repetir sus nombres, y hará la enumeración de los beneficios que han proporcionado á las ciencias y á las costumbres, cuando haya pasado el vértigo de injustas prevenciones y calumnias con que se ha querido desacreditar la conducta y el prestigio del clero español.

En las comunidades religiosas, en el clero secular y en el episcopado han brillado escritores de primera talla, cuyas obras se han traducido en casi todos los idiomas europeos; cultivadores de la ciencia teológica, de la filosofía, arqueología, historia eclesiástica, patología y de la bella literatura; eminentes oradores que han lucido las galas de la elocuencia en las Cámaras legislativas, en los Congresos católicos, en las academias y en las Cátedras del Espíritu Santo. A este grupo perteneció el malogrado Sr. Martín Gutiérrez, que no puede compararse con ninguno de los notables predicadores contemporáneos, pues sin ser inferior á ellos, sólo puede compararse á si mismo. A los veinte y un años cuando solo era clérigo subdiácono, comenzó á ejercer el ministerio de la divina palabra, con tanta riqueza de doctrina, con tal elevación de conceptos, con lógica tan contundente y delicadeza de afectos que más parecía un viejo consumado en el estudio y avezado á los ejercicios de cátedra, que un adolescente recién salido de las aulas é ignorante, al parecer, del mundo y de los misterios del corazón humano. Los que tuvimos la dicha de oírle en aquellos tiempos, quedamos profundamente sorprendidos de su facundia

y saber, juzgando que estaba inspirado por Dios y recordando á este propósito lo que dijo Salomón: *«La vejez no es la computada por número de años, pues las canas del hombre son sus sentimientos, esto es, la sabiduría que suele hallarse en la juventud.»*

Una vez constituido el Sr. Martín en el canonicato del Sacro-Monte, que lleva aneja la obligación de la enseñanza en su colegio de San Dionisio y el ejercicio de las Santas Misiones, el Cabildo le confirió la cátedra de Teología Dogmática que desempeñó con éxito desde el curso académico de 1860 á 61 hasta la terminación del de 65.

En 1861 fué nombrado en unión del Canónigo D. Miguel Nocete y del Capellán de Coro don Gregorio Hernández para la Santa Misión que salió en Abril y ejerció su apostólico ministerio en los pueblos de Dúrcal, Nigüelas, Talará, Mondújar y Azequias. En vista de su celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas,—sin ser costumbre que un mismo Capítular haga dos Misiones seguidas—en 1862 fué elegido de nuevo con el Canónigo D. José de Ramos López y el Capellán D. Gregorio Hernández para misionar en la ciudad de Berja, en cuya religiosa obra ocuparon todo el mes de Mayo, con gran fruto espiritual y extraordinaria reforma de las costumbres.

Con el carácter de Presidente y acompañado de los Capellanes de Coro D. José María Terrón y del referido D. Gregorio Hernández salió por tercera y última vez en la primavera de 1866 y predicó en los pueblos de Alboloduy, Santaacruz y Alhama la Seca.

En las citadas excursiones apostólicas manifestó el Sr. Martín Gutiérrez sus grandes dotes de orador sagrado, así en la copia de doctrina como en la unción que fluía de sus labios; sus notables conocimientos del corazón humano y de la dirección de las almas, con las cuales movía á los penitentes al arrepentimiento de sus culpas, y despertaba en sus pechos la contrición sinó sabían sentirla ó formarla. Por estas singulares prendas, por su recogimiento y modestia era buscado para toda clase de consultas y le apellidaban el SANTO.

Cuando en 1862 se dignó venir á visitar á Granada S. M. la Reina D.^a Isabel II acompañábale su sabio confesor el Rdo. Arzobispo P. Claret. El santo Prelado solicitó conocer al Canónigo sacromontano Sr. Martín Gutiérrez, y quedó tan prendado de su conversación, que le tuvo desde luego por hombre docto y varón de grande espíritu; llamado á ser modelo de sacerdotes é iluminado director de las almas. Deseando que esta luz brillase en punto más elevado, le designó para predicar la novena del Santísimo Sacramento, que anualmente celebra su Real Archicofradía en la Iglesia de Santo Tomás en Madrid. El P. Claret asistió muchas tardes á la novena para oír al orador antequerano y vió realizadas sus esperanzas; escuchando con verdadera complacencia los elogios que la escogida concurrencia le prodigaba.

Uno de los cargos más importantes en el Sacro-Monte es la jefatura de su Colegio Seminario, que exige ilustración no común, prudencia y dotes de gobierno; y como el Cabildo reconocía estas cualidades en el Sr. Martín, apesar de sus pocos años, confióle la dirección de este Centro Literario en 1863, dando pruebas de su pericia, acierto y anticipada experiencia en los dos años que le desempeñó.

En el mes de Julio de 1866 se convocó concurso para la provisión de la Canongía Magistral de la Metropolitana de Granada, bajo el inolvidable Pontificado del Arzobispo D. Bienvenido Monzón y Martín. Nuestro biografiado fué uno de los que se ejercitaron en aquel brillante palenque, obteniendo el primer lugar entre los opositores. Elegido por unanimidad en el citado mes tomó posesión de la Prebenda Magistral en 14 de Octubre del mismo año. Desde esta fecha dejó oír su autorizada voz en nuestra hermosa Basílica, todas las festividades que le correspondían siendo mayor el concurso de fieles cuando predicaba el Sr. Martín, que en los otros días, y supliendo algunas veces de repente á varios oradores. Nunca escribió sus sermones; se preparaba con la oración, meditaba un poco sobre el asunto, apuntaba los puntos más culminantes y desarrollaba su tesis con sin igual maestría. Se le encargó la cátedra de Hermenéutica en el Colegio

Central de San Cecilio y los muchos y aventajados discípulos que sacó es el mejor dato que podemos dar del fruto de su magisterio: no siendo de menos valer el testimonio de sus profesores que fueron otros tantos panegiristas de la idoneidad del catedrático de Hermenéutica.

Por el Rector del citado Seminario de San Cecilio fué designado el Sr. Martín Gutiérrez para leer el discurso inaugural de apertura del curso académico de 1867 á 68; cuyo excelente trabajo se imprimió á expensas del Colegio.

No podemos prescindir de hacer ligera reseña de tan precioso documento.

Comienza el exordio manifestando que es un gran consuelo para el Prelado, para el Claustro de Profesores y para la Iglesia, ver reunida en torno de su Pastor aquella juventud estudiosa: y dirigiéndose á los escolares les dice: ¿Sabéis la alegría que vuestra presencia proporciona al Padre común de los fieles, á quién afligen hoy tantas calamidades? Vosotros habéis de ser constituidos príncipes sobre toda la tierra, en donde ha de resonar vuestra voz anunciando el Evangelio: ved, pues, el alto concepto que de vosotros mismos habéis de tener, y considerad que es delincuente el que se abandona en el estudio, defraudando las esperanzas de sus maestros, y singularmente las del Prelado, supremo vigilante de la enseñanza. ¿Qué buscáis en este Seminario? ¿Buscáis la semilla á que alude la etimología de la misma palabra? Pues sabed que esa semilla se produce por la virtud y la ciencia, ciencia y virtud que no pueden separarse una de otra, y complementan la vida sacerdotal; pero, para que esa unión subsista, es preciso que ambas estén fundadas en la verdad.

La persecución que la verdad ha sufrido en las ciencias, principalmente en la filosofía, y los medios que deben emplearse para conseguirla y conservarla, son las dos partes de este discurso.»

I.

Luz del mundo, medicina del género humano, fundamento de la sociedad, base de la cultura origen y fuente de todo bien y progreso, tal es la verdad. Visitad, dice, todas las naciones aún las no civilizadas, preguntad á los hombres de todas las religiones ¿qué buscáis? la verdad; ¿qué es lo que amáis y exigís de los demás? la verdad. ¡Pero cuánto perseguidores y verdugos ha tenido esa hija del cielo! *Et tamen quam multi sunt veritatis osores.*

Si toda ciencia, añade, estriba en la verdad, la filosofía es la ciencia de todas las verdades, por que en ella están comprendidos los objetos de nuestros conocimientos: lo que se trata en las demás facultades se encuentra en la filosofía y por eso no es extraño que ella sea la depositaria de las grandes verdades y de los más funestos errores. Y haciendo feliz excursión por la historia filosófica, hace notar que por singular aberración hubo un tiempo en que las fórmulas más perfectas de la verdad fueron tenidas por algunos como sombras que empañaron su esplendoroso brillo, mientras que lo que era una cruel persecución de la verdad, se reputó como defensa de la misma. El Escolasticismo y el Panteísmo son los dos sistemas á que alude: extremos opuestos de la ciencia filosófica, que no se pueden conciliar, pues el primero, encierra en sus fórmulas purísimas las leyes de la razón, contiene las fuentes de la verdad y la clave de todas las cuestiones, y el 2.º ó sea el Panteísmo es el máximo de todos los errores, la proclamación horrible del absurdo más absoluto, puesto que, en cada una de sus afirmaciones vá envuelta una persecución á la verdad.

Concluye manifestando: que es de todo punto irracional un sistema en que el hombre es maestro de la verdad y no discípulo, jefe y no subordinado, criador y no humilde admirador. ¡Qué lastimosa grandeza!

II.

Si tal viene siendo el estado de la verdad, dos altísimos deberes tenemos los católicos, oponernos á la persecución que se le dirige y trabajar asiduamente para reconquistarla y mantenerla en toda su integridad.

El único medio es volver á los antiguos maestros, sin temor á los reproches y diatribas de aquellos hombres alucinados que juzgan que la inteligencia humana está sujeta á la ley del progreso indefinido y nos tachan de oscurantistas. La verdad perseguida, dice, se refugió en la Iglesia en ella halló inviolable refugio, con sus piadosas manos recogió esta Madre la antorcha agonizante de la ciencia, reavivando en el silencio del claustro el fuego sagrado que le habían comunicado los Santos Padres y cuyos trabajos constituyen el hermoso edificio del saber humano. En brillantes párrafos discurre por la historia de la filosofía y de la teología, describe las luchas que una y otra han librado en defensa de la verdad, los triunfos obtenidos sobre los herejes de todos los tiempos, haciendo especial reseña de esos victoriosos encuentros con el protestantismo, el racionalismo y el naturalismo en sus diversas ramificaciones, y dedica cariñoso recuerdo á los hijos de la Iglesia é insignes restauradores de la filosofía en nuestro siglo, Liberatore, Taparelli, Sanseverino, Prisco, Clemente y otros, los cuales nos han trazado la senda que el genio potente del Angel de las Escuelas marcó al exponer su doctrina filosófica.

Conociendo el Rdo. Arzobispo de Granada los bienes que el Canónigo Magistral había recibido de Dios, y que la juventud necesita de la instrucción y del ejemplo para obtener una sólida educación, en 1868 se sirvió nombrar al Sr. Martín Gutiérrez, Capellán Director del antiguo Colegio de Niñas Nobles, cuyo cargo desempeñó hasta su muerte.

No podemos terminar este imperfecto trabajo sin decir algo de las virtudes personales de nuestro amado compañero el Sr. Martín. La primera que resplandeció en él fué la humildad que con iste, en estar desposeido de la propia estimación y tener un bajo concepto así de sus facultades intelectuales, como de su persona. Desde la juventud dió muestras del olvido de si mismo, manifestándolo así en el trato con la gente, en la conversación, en el traje y en su repugnancia á exhibirse en público. En los actos literarios durante su carrera, en el ejercicio de la predicación y en las consultas que se le hacían, nunca se persuadió del mérito de sus actos, ni le cautivaron las alabanzas que le prodigaban.

Bien conocía el Sr. Martín Gutiérrez lo que el maestro Juan de Avila dijo sobre esta excelente virtud: «¿Qué cosa es el hombre que no se conoce y examina, sino casa sin luz, hijo de viuda mal criado, que por no ser castigado se hace malo: medida sin medida y sin regla y por esto falsa; y hombre sin hombre? Si como dice Job, el hombre no está nunca en un mismo estado por que es ceniza y viento, muy necio será el que busque reposo entre viento y ceniza. Así que, juzguémonos y condenémonos y seremos absueltos por Dios. Consideremos nuestras miserias, y aprenderemos á ser piadosos en las ajenas. Por que según enseña la Escritura: *de lo que hay en tí, aprenderás lo que hay en tu prójimo.*»

Tal fué el fin que nuestro biografiado se propuso en el ejercicio del ministerio sacerdotal, humillar al hombre y glorificar á Cristo. En efecto, su principal intento su espíritu y su filosofía fueron humillar al hombre hasta darle á conocer el abismo profundo de su vileza, y por el contrario engrandecer y levantar sobre los cielos, la gracia, el remedio y los beneficios que nos vinieron por Cristo. Y como él conocía la excelencia de esta virtud, que nos aproxima á Dios—por que la soberbia nos aparta de El—desde su juventud la acarició y fué su compañera toda la vida.

El mejor timón que debe llevar la nave del alma del sacerdote es la virtud de la castidad. Con este gobernalle la embarcación marchará en popa, salvará los escollos, el viento le será favorable y sonreirle han los cielos y los astros. Así el estado virginal que no se deja vencer por los halagos de la concupiscencia ni se siente picado de torpes imaginaciones, que no le adormecen sueños voluptuosos ni le concita el fuego de Asmodeo, marcha sereno por el mar borrascoso de este mundo, esparciendo por doquier el perfume de su espíritu inmaculado y de su carne sujeta y mortificada. La pureza conserva en las facultades intelectuales la hermosura y claridad que recibieron de manos del Hacedor, les infunde santa energía, les comunica el amor de lo verdaderamente bello, le regala con deleites purísimos y trasmitiendo al cuerpo la salud, el candor y la paz, pone en equilibrio los humores, pacifica las borrascas del corazón y ordena la variada gestión de los sentidos.

Por inspiración debió conocer el Sr. Martín Gutiérrez en su juventud la sublime exhortación de Jesucristo sobre la pureza, que luego leería muchas veces en el Evangelio: «*Sint lumbi vestri præcinti, et lucernæ ardentes in manibus vestris.*» Tened ceñidos vuestros lomos, y antorchas encendidas en vuestras manos. Cuyas palabras expone luminosamente San Gregorio: «No puede agrandar al Redentor el que no observe ambos extremos: las buenas obras, reinando la impureza, resultarán sin mérito, la castidad sin buenas obras de nada sirve. Ni la castidad es grande y meritoria sin buenas obras, ni puede haber buenas obras sin castidad.»

En el libro de los Cantares dice el divino Esposo: «*Llagaste mi corazón con la una trenza de tu cuello.*» É indudablemente el Señor aprisionó el corazón de nuestro bendito sacerdote con la trenza de la caridad que tiene dos preciosos ramales el del amor de Dios y el del prójimo. Amó á Dios desde la infancia, ofreciéndole su pensamiento, los afectos de su voluntad y hasta las expansiones de su inocente vida. Le amó en la juventud, cuando ya le conocía por su nombre, y sabía de memoria los misterios, participaba de los Sacramentos y le recibía consagrado en su pecho; y como el joven Samuel creció, y el Señor era con él, y no cayó en tierra ni una de todas sus palabras. Le amó, por último, en la adolescencia, llegando á ser ministro suyo fidelísimo, con su asídua oración y penitencia, que renovó en sus entrañas un espíritu recto, con la celebración del Santo Sacrificio, el ejercicio del confesonario y los ejemplos de abnegación y virtud.

Respecto á la caridad con el prójimo, los que tuvimos la suerte de tratarle de cerca y conocimos su candor y la mansedumbre en las relaciones con sus compañeros los Prebendados así como con los seglares, de quienes era buscado, tuvimos lugar de apreciar que su corazón era todo para todos y que se le pueden aplicar las palabras de San Pablo á los fieles de Tesalónica: «*Habemos hecho como niño entre vosotros, y como ama que cría y regala á sus hijos, amandoos con tan grande amor, que quisieramos ofreceros no solo el Evangelio, sino también nuestra misma vida.*» Así que no sabré determinar con que ganó más almas para Cristo, si con las palabras de su doctrina, ó con la grandeza de la caridad y amor acompañado de buenas obras que á todos mostraba; por que así los amaba, y así se acomodaba á las necesidades de sus hermanos como si fuera padre de todos. Siendo la caridad como un pozo de abundancia en los desiertos de la vida, en frase de un apologista, del corazón del Sr. Martín Gutiérrez, sacaron muchos los sublimes conceptos de la moralidad y de la fraternidad evangélica. El aroma de estas virtudes no se ha extinguido todavía, por que traspuesto el sol aún por mucho tiempo duran los reflejos de su hermosa claridad sobre la tierra.

La luz que había brillado por espacio de quince años iluminando con sus benéficos resplandores á los antequeranos y granadinos tocaba ya al ocaso. Cinco lustros dedicados continuamente á trabajos mentales, á ejercicios de cátedra y de púlpito, á meditaciones y sacrificios corporales, sin haberse aprovechado nunca de la virtud de la Eutropelia, fueron minando lentamente la naturaleza poco robusta del Sr. Martín Gutiérrez, y en 1873 presentóse la tuberculosis con todo su imponente aparato. Apesar de las esperanzas y consuelos de los médicos no se ocultaba á la

perspicacia del enfermo que la gravedad era suma, pues aquella calentura lenta, aquel desfallecimiento de fuerzas á consecuencia de los frecuentes síncope, eran los últimos y tibios perfumes de la gallarda flor que no recibe la sávia vivificadora que le daba vida y hermosura, y sus amarillentos pétalos se reconcentran sobre la corola para formar allí su sepulcro. Pronto se cundió por Granada la enfermedad del Sr. Magistral, y numerosas personas acudieron á la casa para consolarle y demostrarle su afecto; saliendo edificadas de la resignación cristiana del enfermo, de su plácida y espiritual conversación, de la paz y alegría que reinaba en su semblante. Entre los sugetos distinguidos que cumplieron esta obra de misericordia, figuró el Rdo. Sr. Arzobispo don Bienvenido Monzón, que le exhortó y consoló con pensamientos evangélicos llenos de unción y ternura, y después de darle su pastoral bendición salió de la alcoba profundamente conmovido repitiendo estas palabra: «*Raptus est, ne malitia mutaret intellectum ejus.*»

En 25 de Noviembre de dicho año del 73, presentóse junto á la cama del enfermo el angel de la muerte, y tendiéndole amorosa mano quedó dormido en el Señor, á los treinta y seis años y cuatro meses de su edad. El cadáver estuvo expuesto dos días á la veneración pública, resolviendo el pueblo por aclamación que fuese enterrado en el cementerio del Sacro-Monte. La conducción de los venerables restos á la insigne Colegiata fué solemne manifestación de respeto, de simpatía y de sentimiento religioso, pues todos le llamaban el Santo, y tocaban en su rostro, en las manos y en las vestiduras, medallas, pañuelos y rosarios.

En la villa de Viana, diócesis de Braga, fué sepultado en 1590, el cadáver del santo Arzobispo de aquella Iglesia Metropolitana Fr. Bartolomé de los Mártires y en su sarcófago se esculpió la inscripci6n siguiente:

*Ardere et lucere jubet;
Qui luxit, et arsit;
Luxit enim exemplis, arsit amore Dei.*

*
**

A brillar y arder convida
Quien tanto brilló y ardió,
Con la luz de sus ejemplos
Y el fuego de amor á Dios.

Este epitáfio debió ponerse en la lápida sepulcral del Sr. Martín Gutiérrez.

Abadía del Sacro-Monte 15 de Mayo de 1895.

José de Ramos López



